MIGUEL HERNANDEZ Y LOS NIÑOS

Por Concha ZARDOYA

ASPERAS y tremendas experiencias se transfiguran en los versos de Miguel Hernández, poeta marcado por un signo trágico. Se transmutan en poesía por el milagro de la intuición lírica, purísima y en agraz, inicialmente, y madurada después por el amor, el dolor y la muerte. A estos temas centrales se subordina su primogenio sentido de la tierra —«Me llamo barro, aunque Miguel me llame» (1)—, cuna y último descanso del hombre. Y permeándolos —coloreándolos pasionalmente, con multitud de tonalidades—, el tema de la sangre, expresión simbólica de aquel sentido trágico (2).

Al cumplirse los treinta y siete años de su muerte (3), hemos releído las poesías completas (4) del poeta oriolano y, esta vez, nos han emocionado especialmente los poemas dedicados a los niños y, entre éstos, a sus hijos. Este sub-tema, naturalmente, se deriva del amor, confiriendo a la poesía hernandiana —violenta, en muchas ocasiones, delicados matices de ternura.

Antes de abordarlo, conviene evocar primero al niño que fue el poeta, para establecer íntimas correlaciones entre la experiencia vivida y la expresión lírica, sobre todo porque aquélla fue siempre manantial de inspiración para Miguel Hernández.

Desde pequeño aprendió a guiar el ganado por la sierra oriolana. Como todo pastor, sabía herir el aire con sus silbidos —origen real de sus «silbos» poéticos de más tarde— para llamar a sus cabras; también sabía disparar la honda para azuzar a las más remisas. Apacentando el menguado rebaño paterno, contemplaba el paisaje. Conocía las luces de Orihuela en el amanecer, al mediodía, a la caída de la tarde. Antes de aprender las primeras letras, la Naturaleza guardaba ya muy pocos secretos para él: hierbas, animales, nubes, eran cosas familiares, pero llenas de individualidad y carácter. Así, niño aún, se le reveló, sencillamente y con toda su pureza, el misterio de la fecundación. Y sus sentidos se abrieron a la maravilla del mundo, a la feracidad de las huertas y a la caricia del agua. Todo este conocimiento se trasvasaría después a sus versos, clarificado y embellecido por la palabra poética. Esta escuela al aire libre le dotó de esa sabiduría que nada ignora de cuanto pertenece al cielo y a la tierra: esa elemental inocencia que nada puede cambiar, disfrazar u ocultar.

No sabe leer, pero en cuclillas ordeña sus cabras. Aún no sabe escribir su nombre, pero conoce a qué hora cantan los pájaros y duermen las ovejas. El amor es algo remoto e inimaginable, pero el rito nupcial de los animales transcurre sin velos ante sus ojos asombrados. Cuado ingresa en el Colegio de Jesús, sus compañeros ignoran mil cosas de la vida natural que él ha absorbido sin libros y sin esfuerzo. En tales condiciones, las primeras letras son para él como un juego.

Le enseñan, pues, a leer y escribir, aprende las cuatro reglas. Le dan los primeros rudimentos de cultura, salpicados de catecismo y de rezos. Pero estas letras las alterna siempre con el pastoreo, especialmente en verano. Sigue pegado a la tierra nativa, ufana y seriamente. Más ahora, al lado de su cayado de pastor, lleva un libro cualquiera... Y hacen monaguillo al zagal. ¿Acaso porque se sabe la Doctrina mejor que nadie o porque recita sin equivocarse las historias del Antiguo Testamento? ¿Porque declama poemas religiosos en el teatrillo y en días de festividad, alimentando el brote litúrgico de sus primeras creaciones dramáticas?

Una foto del álbum familiar: Miguel y sus tres hermanos.

Entre los colegiales bien vestidos, el niño Miguel Hernández se destaca por la pobreza de sus ropas y por una mirada verde, alta y clarísima, pero algo asustada. A los catorce años abandona el colegio para dedicarse al pastoreo exclusivamente. Así acaba su infancia.

Sus vívidas experiencias de niño-pastor y huertano se trasfunden por primera vez, poéticamente transformadas, a su poema «El niño yuntero», el más tierno y sencillo de *Viento del pueblo* (1937), libro que es un alud de versos épicos, arengas, cólera, explosión y llanto. En quince cuartetas octosilábicas consonantadas *(abad)*, el poeta nos hace sentir honda emoción compasiva al evocar al niño nacido entre el estiércol y, con él, a todos los niños trabajados y hambrientos. Pero es una ternura grave la suya que, al dolerse, aspira a conmover a los hombres para que salven a esa criatura, «menor que un grano de arena». Como es natural, en el poema hay vestigios autobiográficos también. Miguel Hernández parece recordar al niño que fue, si no guardador de vacas, pastor de ovejas y cabras. Así, casi se autodescribe en los días de su infancia:

Entre estiércol puro y vivo
de vacas, trae a la vida
un alma color de olivo
vieja ya y encallecida.

Criatura que, al nacer, es ya «carne de yugo», humillada, destinada a recibir golpes como la herramienta. Empezar a ser niño es, para él, empezar a morir, manejando la yunta: «*Contar sus años no sabe, / y ya sabe que el sudor / es una corona grave / de sal para el labrador*». El poeta siente que este niño hambriento le duele en carne propia «como una grandiosa espina», en tanto que su alma se revuelve de dolor al verle arar los campos «y devorar un mendrugo». Su arado le hiere en el pecho, y se

(1) Soneto 15 de *El rayo que no cesa* (1936).

(2) Véase: Concha Zardoya. «Imagen de la sangre en la poesía de Miguel Hernández» *(Revista de Occidente*, número 130, Madrid, octubre 1974, páginas 115-134.)

(3) Ocurrida el 28 de marzo de 1942, en el Reformatorio de Adultos de Alicante.

(4) Miguel Hernández. *Obra poética completa*. Tercera edición. Introducción, estudios y notas de Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia. Colección Guernica, número 14, Zero, Bilbao, 1977. Siempre citaremos por esta edición.

Josefina y Miguel durante el verano de 1937. La imagen, tomada en Jaén por un compañero del poeta, corresponde a la época en que éste trabajaba como reportero en «Frente Sur», durante la guerra.

En «El niño yuntero», el poeta apela a la sociedad adulta para que proteja a todos los niños de la miseria y de la explotación

pregunta: *«¿Quién salvará a este chiquillo / menor que un grano de arena?»* Desconoce la respuesta, más confía en los jornaleros del futuro *«que antes de ser hombre son / y han sido niños yunteros»*. Este niño a quien canta Miguel Hernández en su oda con más dolor que alegría, es más raíz de la tierra que criatura humana, y su injusto destino le duele amargamente. El poeta apela a la conciencia de la sociedad adulta para que proteja a este niño —y a todos los niños— de la miseria y de la explotación.

Manuel Ramón —el primer hijo— le nace a Miguel Hernández en diciembre de 1937: el poeta se descubre padre resplandeciente y su gran risa se abre sobre el niño y la esposa. Las penas de la guerra se empequeñecen ante el milagro de la vida. Pero el niño muere en octubre del año siguiente. El poeta no le ve fallecer porque ha ido a Orihuela a buscarle unas inyecciones, y llora porque no le ha visto nacer —se encontraba en el frente— ni morir. En cambio, ve enterrar a su hijo en la tierra de Cox: *«Era un hoyo no muy hondo, / casi en la flor de la sombra...»* Y la alegría se vuelve «ráfaga torva». Mas el niño ha dejado nes elegíacas. Estos versos le poema «Hijo de la luz y de la sombra» (5) y otras canciones elegíacas. Estos versos le retienen para siempre en la trasrealidad —trasvida— de la poesía. El poema —escrito en serventesios alejandrinos y dividido en tres partes— arranca del momento en que el niño es engendrado: *«El hijo está en la sombra que acumula luceros, / amor, tuétano, luna, claras oscuridades...»* El poeta / dice a la madre: *«Tus entrañas forjan el sol naciente. / Centro de claridades, la gran hora te espera...»* El alumbramiento es descrito con extraordinario vigor: *«La gran hora del parto, la más rotunda hora: / estallan los relojes sintiendo tu alarido, / se abren todas las puertas del mundo, de la aurora, / y el sol nace en tu vientre donde encontró su nido»*. Después, invoca al recién nacido: *«Hijo del alba eres, hijo del mediodía»*. En la última parte del poema, Miguel Hernández siente al hijo, no ya como materia cósmica, sino como algo profundo y como prolongación de la vida, no sólo suya, sino de toda la progenie humana: *«El hará que esta vida no caiga derribada, / pedazo desprendido de nuestros dos pedazos.»*

«A mi hijo» (6) es una conmovedora elegía —también en serventesios alejandrinos— que comienza con estos hermosos versos: *«Te has negado a cerrar los ojos, muerto mío, / abiertos ante el cielo como dos golondrinas...»* Románticamente, el poeta ve el mundo sin luz, sin mañanas, otoñal, anochecido, desde el fallecimiento del hijo. Este es, para él, «sepultado, eclipsado» sol muerto. El pájaro pregunta por el niño, «flor que no fue capaz de endurecer los dientes...» Con este poema elegiaco, Miguel Hernández deja constancia de su profundo dolor de padre y de su ternura desolada ante la muerte del primer hijo, su mejor esperanza.

(5) No incluido en libro.

(6) No incluido en libro.

Si un hijo se va a la tierra, otro viene en camino, en eterno proceso vital. Miguel Hernández espera ser padre otra vez «para la luna llena» (7) Manuel Miguel nace el 4 de enero de 1939 en Cox. El feliz natalicio es una explosión de savia humana y espiritual para el poeta, que vuelve a sonreír por segunda vez sobre una cuna, porque ignora que será la última. Su intuición le hace presentir el final de la contienda; en cambio, su esperanzado optimismo le equivoca: *«Creo que no durará mucho la guerra, y está dentro de lo posible que cuando vaya, sea para vivir en paz y siempre con vosotros»* (8).

Al fin acaba la lucha y el poeta inicia su éxodo por las cárceles españolas y sólo acabará con su muerte. En la de Torrijos, en Madrid, el 12 de septiembre de 1939 escribe a su mujer una carta, patética y valiente a la vez, que hemos de transcribir aquí en parte para explicar la gestación de sus «Nanas de la cebolla» —la más trágica canción de cuna de toda la poesía española— que dedica a su segundo hijo y que forman parte del *Cancionero y romancero de ausencias* (1938-1941): *«Estos días me los he pasado cavilando sobre tu situación, cada día más difícil. El olor de la cebolla que comes me llega hasta aquí y mi niño se sentirá indignado de mamar y sacar zumo de cebolla en vez de leche. Para que lo consueles te mando unas coplillas que le he hecho ya que para mí no hay otro quehacer que escribiros a vosotros o desesperarme...»* (9) y las «coplillas» llegan al alma del lector, le acongojan desnuda y sencillamente:

La cebolla es escarcha
cerrada y pobre
Escarcha de tus días
y de mis noches.
Hambre y cebolla,
hielo negro y escarcha,
grande y redonda.

En la cuna del hambre
mi niño estaba.
Con sangre de cebolla
se amamantaba.
Pero tu sangre,
escarcha de azúcar,
cebolla y hambre.

En las doce estrofas de heptasílabos y pentasílabos con variadas asonancias, el

(7) Carta de Vicente Aleixandre a Miguel Hernández (Madrid, 14 de diciembre de 1938).

(8) Carta de Miguel Hernández a Josefina Manresa (Valencia, 18 de febrero de 1939).

(9) Carta de Miguel Hernández a Josefina Manresa (Madrid, 12 de septiembre de 1939).

poeta insta al niño —«alondra de mi casa»— a que se ría, a que se trague la luna, porque su risa es «la luz del mundo...» Su risa le hace libre, le pone alas: *«Soledades me quita, / cárcel me arranca»*. El hijo es el porvenir de sus huesos y de su amor. Una estrofa es especialmente conmovedora y profunda por su interrelación de paterna y filial niñez, de agonía y esperanza:

Desperté de ser niño:
nunca despiertes.
Triste llevo la boca:
ríete siempre.
Siempre en la cuna,
defendiendo la risa,
pluma por pluma.

El —padre— quisiera remontarse al origen del hijo... Sus cinco dientes son *«cinco diminutas / ferocidades»* —de tan hambrientos—, aunque también son «cinco azahares», «cinco jazmines adolescentes». La imagen del niño se concreta en su boca, boca que mañana besará y percibirá el fuego que baja «dientes abajo», «buscando el centro», buscando el corazón. Al final, le anima a que vuele en «la doble luna» del pecho materno, sin saber nada de lo que ocurre. Ser niño es ignorarlo todo.

El subtema de los niños recorre su obra añadiendo ternura a la temática de la vida, el amor-dolor, la sangre y la muerte

La vida del poeta pende de un hilo... Escribe poco, como si el dolor hubiera secado su poesía. ¿Para qué crear? Por distraerse, dibuja para su niño y para sus «ahijadas» (cuñadas) en los márgenes de las cartas que les envía, en las que procura recuperar su candor infantil, el alma de su niñez, el humor de los buenos tiempos.

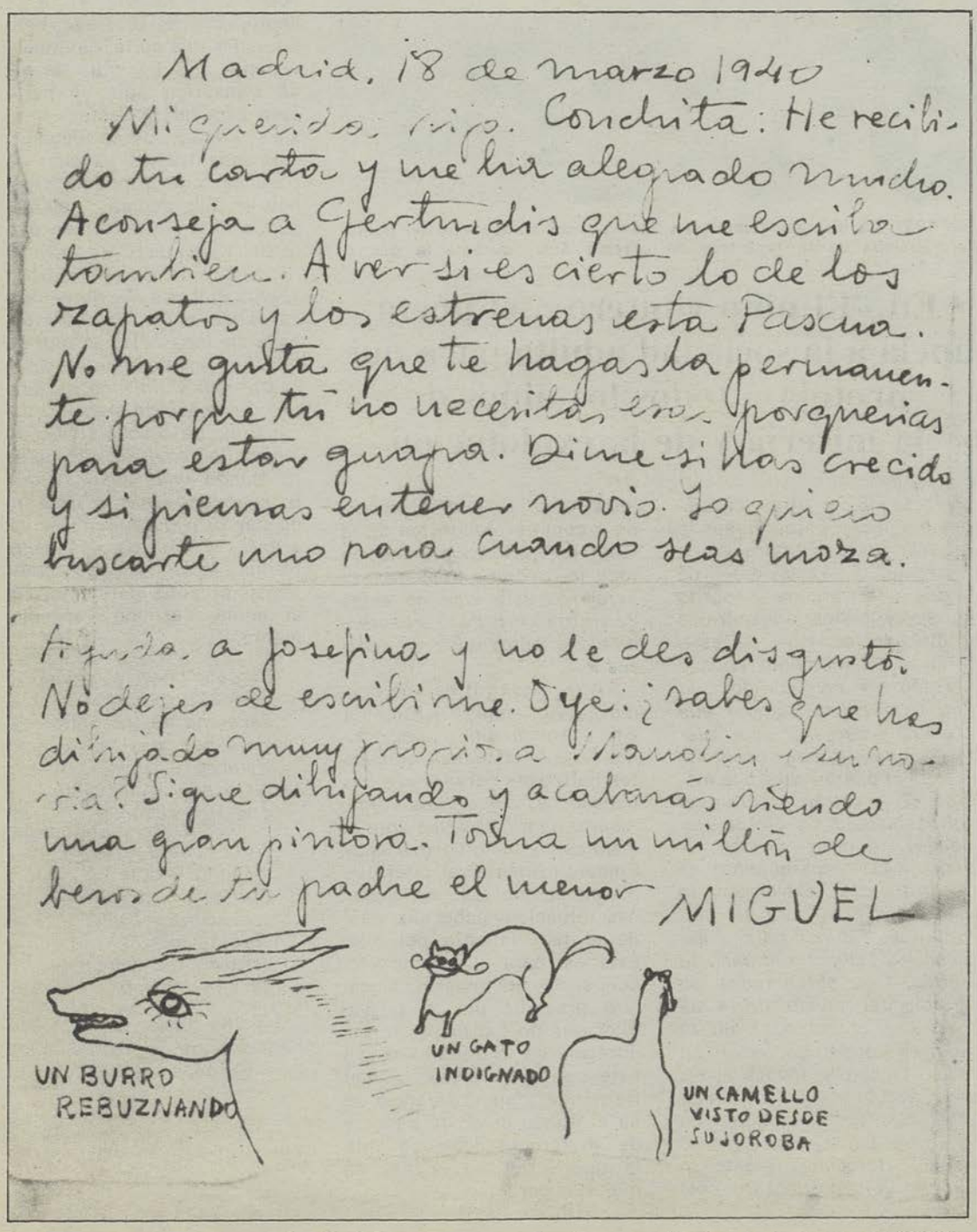
Es condenado a la máxima pena y después conmutado. Pasa hambre, frío, miseria y enfermedad. Lenta y dolorosamente sigue escribiendo su *Cancionero*, ya empezado al final de la contienda. Es un verdadero diario íntimo: las confesiones de un alma en soledad. Son poemas breves, escritos en pocas palabras, sinceras, desnudas, enjutas. El dolor ha secado la imagen y la metáfora. Ni un rastro de leve retórica. Su dolor solo: el dolor del hombre y el sombrío horizonte de los presos... Canciones y romances lloran virilmente ausencias irremediables, el lecho, las ropas, una fotografía... La esposa y el hijo le arrancan las notas más intensas y entrañables. Ni un brillo en esta poesía requemada por el dolor, hecha ya desconsolada ceniza.

Muchas canciones y romances lloran todavía al hijo muerto en la guerra, con dolor y ternura, dulce y patéticamente: «Ropas con su olor», «Negros ojos negros», «No quiero ser», «El cementerio está cerca», «El sol, la roca y el niño», «Cada vez más presente», etc.

Pero el hijo vivo le inspira poemas esperanzados y hasta luminosos. Por ejemplo, el que escribe al cumplir aquél dos años: *«Con dos años, dos flores / cumples ahora. / Dos alondras llenando / toda tu aurora. / Niño radiante; va mi sangre contigo / siempre adelante»*. Quiere que no retroceda, pues la luz va rodando por el mundo, mientras él también rueda... *«Herramienta es tu risa, / luz que proclama / la victoria del trigo / sobre la grama»*. Para concluir: *«Ríe. Contigo / venceré siempre al tiempo / que es mi enemigo»*. El padre se apoya en el hijo para vencer a la muerte que se acerca.

«El pez más viejo del río» es como un cuentecillo en verso; sobre el fondo trágico, emergen la sonrisa y la esperanza. El pez más viejo del río era tan sabio que, por serlo, vivía sombriamente, pero «el agua le sonreía». El viejo pez, sin embargo, no se divierte y, tras mucho meditar, *«tomó el camino del mar, / es decir, el de la muerte»*. El niño —«niño solar»— rió junto al río... Y ese día el viejo pez perdió su aire ensombrecido, y el agua al niño sonreía. Vejez, soledad y muerte que disipa la risa de un niño. En el trasfondo del cuentecillo, la propia historia del poeta, consolado por la sonriente inocencia del hijo.

En «Cantar», Miguel Hernández —preso— sueña que su casa es un palomar y que el hijo le hace a su madre un jardín... Fuera, la luz es redonda y los almendros, blan-

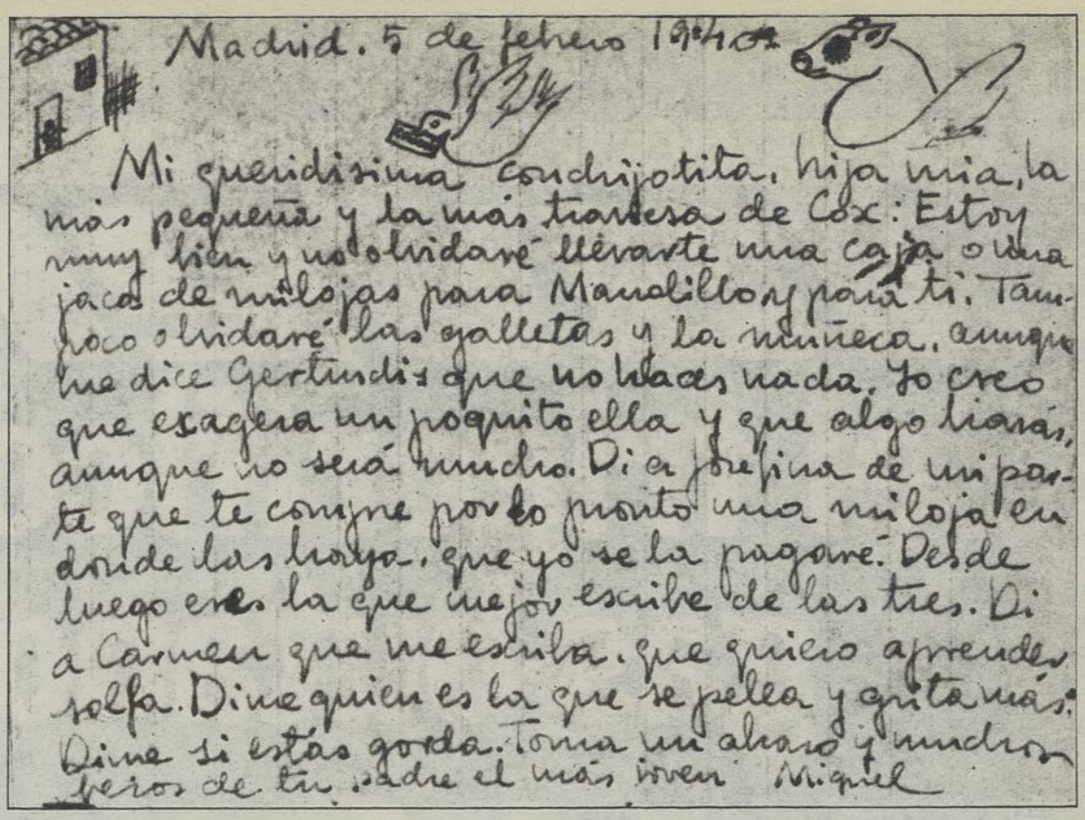

Madrid, 18 de marzo 1940
Mi querido niño. Conchita: He recibido tu carta y me ha alegrado mucho. Aconseja a Gertrudis que me escriba también. A ver si es cierto lo de los zapatos y los estrenas esta Pascua. No me gusta que te hagas la permanente porque tú no necesitas esas porquerías para estar guapa. Dime si has crecido y si piensas en tener novio. Yo quiero buscarte uno para cuando seas moza.

Ayuda a Josefina y no le des disgusto. No dejes de escribirme. Oye: ¿sabes que has dibujado muy propio a Mandolin (su burra)? Sigue dibujando y acabarás siendo una gran pintora. Toma un millón de besos de tu padre el menor MIGUEL

Una muestra de la correspondencia del poeta con su familia, con dibujos y alusiones entrañables.

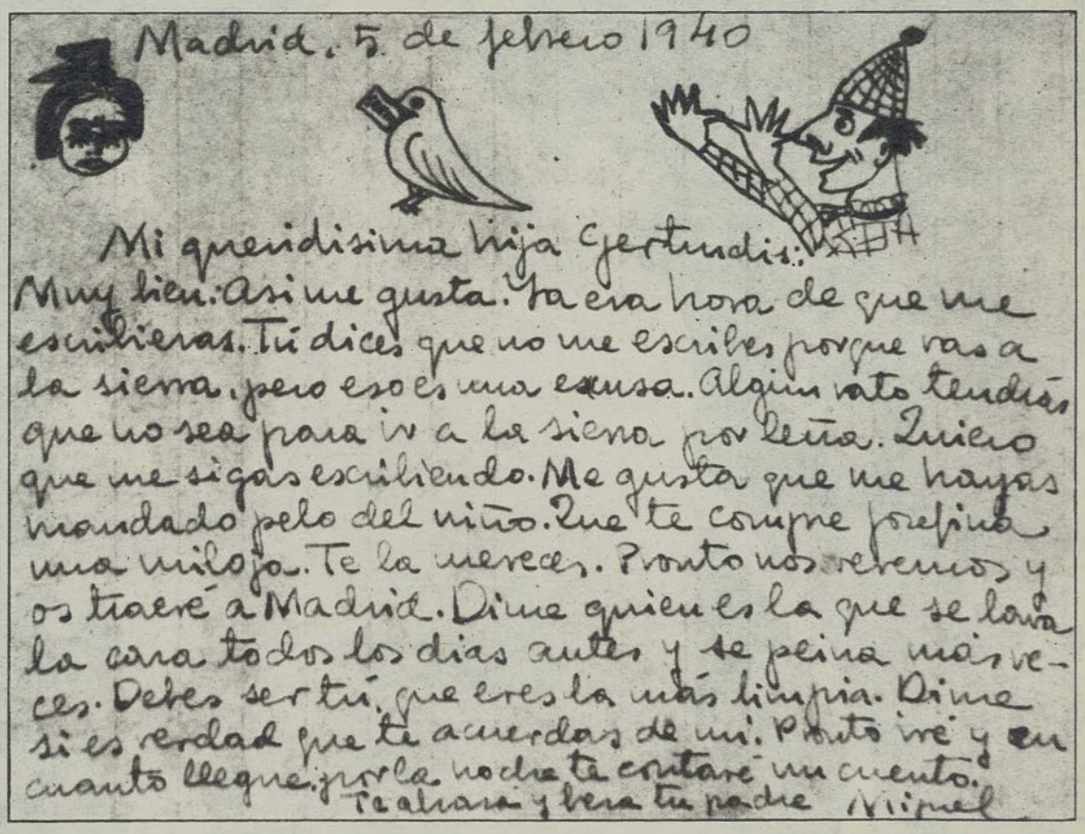
quísimos. La vida, en luz, se profundiza. Y, en su sueño, ante el niño y el palomar, atisba un venturoso futuro: *«Arde la cara encendida / de besos y sombra amante...»*

La soledad y el odio cercan al poeta, le hieren a zarpazos, le devoran. Miguel Hernández se enfrenta con su propio destino, piensa en el hijo muerto y en el hijo vivo. Se ve en ellos, en el vientre de la esposa que ama. Va a nacer el niño. Vale más que no nazca: *«Atrás, amor. Atrás, niño, porque no quiero / salir donde la luz su gran tristeza encuentre»*. Algo le empuja, fatal y desesperadamente: *«Caigo de la madrugada del tiempo, del pasado. / Me arrojan de la noche ante la luz hiriente, / vuelvo a llorar desnudo, pequeño, regresado»*. Este hondísimo poema —«El niño de la noche»— es uno de los últimos que escribió antes de morir: en él, sueña su niñez y desnace, regresa al vientre materno. Profesa a éste un culto casi religioso: es raíz y símbolo de la maternidad, simiente de la vida pasada y venidera. El amor queda vinculado a su centro, telúrica y terrígenamente. En nueve serventesios alejandrinos, Miguel Hernández —al final de sus días— se enfrenta con su destino trágico y se contempla a sí mismo como un niño —«tres veces venidero»—, queriendo remontar el dolor, la vida y regresar a su prístina infancia. Quiso ser niño dos veces y renunció a la luz para hundirse en la sombra. ¿Para qué la luz? Quiso llevar la risa como si fuera lo más hermoso. Así ha muerto, «sonriendo serenamente triste», desnacido. Quiso regresar a la inconsciencia, al íntimo espacio de la sombra, a la bóveda central y protectora del seno materno, acaso de la muerte misma: *«Noche final, en cuya profundidad se siente / la voz de las raíces, el soplo de la altura...»* Bajo su piel avanza, ve su soledad, ve el mundo, «mudable y pasajero». Todo es para nada, para vivir sin alas y oscuramente. Y así ordena a su vida que vuelva, que retorne a su pasado: a lo que fue antes de nacer. Regresa a su principio... y llora como un niño. En este gran poema, Miguel Hernández resume su vida desgraciada y su oscuro porvenir en el que sólo asoma la muerte. Desnace metafísicamente, después de haber padecido dolor largo e intenso, anhelando el descanso y la protección del último sueño. Este poema, casi autoelegíaco, cierra —dentro de su total otra poética —el sub-tema del niño, llegando a su *climax*, intenso y profundo. Miguel Hernández cierra el ciclo de su vida y abre el de su muerte, en *reditio* completa: el niño por nacer, el que nació y el desnacido. La eterna sombra acogerá a los tres, piadosamente.



Madrid. 5 de febrero 1940

Mi queridísima condrijotita, hija mía, la más pequeña y la más traviesa de Cox: Estoy muy bien y no olvidaré llevarte una caja o una jaca de milojas para Manolillo y para ti. Tampoco olvidaré las galletas y la muñeca, aunque me dice Gertrudis que no hacés nada. Yo creo que exagera un poquito ella y que algo harás, aunque no será mucho. Di a Josefina de mi parte que te compre por lo pronto una milloja en donde las haya, que yo se la pagaré. Desde luego eres la que mejor escribe de las tres. Di a Carmen que me escriba, que quiero aprender solfa. Dime quien es la que se pelea y grita más. Dime si estás gorda. Toma un abrazo y muchos besos de tu padre el más joven Miguel



Madrid. 5. de febrero 1940

Mi queridísima hija Gertrudis:
Muy bien. Así me gusta. Ya era hora de que me escribieras. Tú dices que no me escribes porque vas a la sierra, pero eso es una excusa. Algún rato tendrás que no sea para ir a la sierra por leña. Quiero que me sigas escribiendo. Me gusta que me hayas mandado pelo del niño. Que te compre Josefina una milloja. Te la mereces. Pronto nos veremos y os traeré a Madrid. Dime quien es la que se lava la cara todos los días antes y se peina más veces. Debes ser tú, que eres la más limpia. Dime si es verdad que te acuerdas de mí. Pronto iré y en cuanto llegue, por la noche te contaré un cuento. Te abraza y besa tu padre Miguel

Dos cartas de Miguel Hernández a sus «hijas» (cuñadas, en realidad). Están fechadas en Madrid, durante el mes de febrero de 1940, e ilustradas con dibujos sobre temas infantiles, de gran ingenuidad.

El sub-tema de los niños y de los hijos recorre la obra poética hernandiana, integrándose en la cuádruple temática de la vida, amor-dolor, sangre y muerte, entretejiendo dentro de éstos su gran delicadeza y ternura. Todos estos poemas inspirados por los niños o a ellos dedicados, transparentan la honda y finísima sensibilidad humana de Miguel Hernández, no sólo «rayo que no cesa», sino padre amantísimo, cantor de sus hijos, filósofo de su devenir, defensor de niños maltratados. Para todos soñaba un noble y luminoso futuro, sin hambre y sin pobreza. Y he aquí otra de sus herencias que no debiéramos olvidar nunca.

Concha ZARDOYA